

Investigando en memorias sociales de la dictadura chilena

Un trabajo desde la epistemología de los conocimientos situados de Haraway



María Angélica Cruz
Universidad de Valparaíso, Chile
mariaangelica.cruz@uv.cl



Paula Eguren
Universidad Alberto Hurtado, Chile
eguren.paula@gmail.com



María José Reyes
Universidad de Chile, Chile
mjrandreani@u.uchile.cl



Juan Fernando Pavez
Universidad de Chile, Chile
juanpavezp@ug.uchile.cl



Francisco Jeanneret
Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Chile
francisco.jeanneret@uacademia.cl



Alin Lobos
Universidad de Chile, Chile
alin.lobos@ug.uchile.cl



Félix Aguirre
Universidad de Valparaíso, Chile
felix.aguirre@uv.cl



Sihomara Ortiz
Universidad de Valparaíso, Chile
sihomaraortiz@gmail.com



Manuela Badilla
Pontificia Universidad Católica de Chile, Chile
manuela.badilla@uc.cl



Ernesto Bouey
Universidad de Chile, Chile
ernesto.bouey@ug.uchile.cl

Fecha de recepción: 7/11/2022
Fecha de aceptación: 1/11/2023

Resumen

En este artículo reflexionamos sobre la forma en que nos hemos apropiado de la epistemología feminista de Donna Haraway, particularmente su propuesta sobre los conocimientos situados (CS), desde el cruce de prácticas de investigación situada en el Chile de la postdictadura. Para ello nos retrotraemos a tres proyectos de investigación previos y a uno en curso, ilustrando cuatro formas de uso de la propuesta de los CS que nos han permitido: i) entender las posiciones de sujeto y objeto de investigación como ubicaciones móviles, ambas activas y articuladas al estudiar la

transmisión generacional de las memorias de la dictadura; ii) reconocer el punto de vista feminista como un recurso para generizar las disputas por las memorias; iii) ensayar la co-producción de conocimiento con una organización territorial, evitando el ventrilocuismo de las voces subalternizadas y iv) visibilizar la semiótico-materialidad de las formas de trabajo del equipo actual al investigar las disputas por el género en un presente plasmado de contingencias políticas, sanitarias, laborales, familiares e institucionales, pero también de cuidado mutuo. Un ejercicio de reflexividad que partió hace diez años y que aún nos mantiene en un parentesco raro.

Palabras clave: conocimientos situados; epistemología feminista; prácticas de investigación, memoria social

Researching social memories of the Chilean dictatorship: a work from Haraway's epistemology of situated knowledges

Abstract

This article reflects how we have appropriated Donna Haraway's feminist epistemology, particularly her proposal on situated knowledge (SC). Our reflections depart from the intersection of situated research practices in post-dictatorship Chile. To do so, we look back at three previous research projects and one in progress, illustrating four ways of using the CS proposal that has allowed us: (i) to understand the subject and object positions of research as mobile locations, both active and articulated when studying the generational transmission of the memories of the dictatorship; (ii) to recognize the feminist point of view as a resource to turn the disputes over memories towards a gender perspective; (iii) to rehearse the co-production of knowledge with a territorial organization, avoiding the appropriation of subaltern voices and iv) to make visible the semiotic-materiality of the forms of work of the current team when investigating gender disputes, in a present context that is shaped by political, health, labor, family and institutional contingencies, but also by mutual care. An exercise of reflexivity that started ten years ago and that still keeps us in a strange kinship.

Keywords: situated knowledges, feminist epistemologies, research practices, social memory

Presentación

No resulta fácil clasificar la obra de Donna Haraway, menos aún encajarla en una etiqueta. Como intelectual crítica ha remecido nuestros modos de imaginar otras maneras de co-habitar el mundo entre humanos, *cyborgs*, tecnologías, bichos y parentescos raros. Por lo mismo, aquí tomaremos solo una de las hebras de la compleja trama que anuda su pensamiento. Siguiendo la convocatoria de este dossier, compartiremos cómo, en los últimos diez años, hemos venido trabajando una de sus principales propuestas: reconocer que todo conocimiento es situado. Lo haremos, además, desde un ámbito específico en el que Haraway es una de las referencias más importantes, aquel conocido como el campo de las Epistemologías Feministas.

La reflexión que presentamos se centra en el ejercicio de ir construyéndonos como equipo de investigación a lo largo de cuatro procesos de investigación.¹ Un equipo diverso en géneros, que utiliza la voz femenina como gesto de escritura feminista, convencidas de que el feminismo es para todo el mundo (hooks, 2000).

Estas investigaciones se desarrollaron, desde la epistemología feminista, sobre un campo interdisciplinario de estudio: la transmisión de las memorias sociales de la dictadura cívico-militar chilena (1973-1990) durante la última década (2012-2022). Se trata de un tiempo en el que hemos experimentado un ciclo de movilizaciones sociales que vienen pugnando por transformar un modelo conservador en lo cultural y neoliberal en lo económico, heredado de la dictadura, que ninguno de los sucesivos gobiernos democráticos –de distinto tinte ideológico– se atrevió a transformar en lo sustantivo.

En los años noventa este modelo se exportaba como ejemplo de estabilidad política y crecimiento económico para toda Latinoamérica. Sin embargo, desde la primera década del 2000, comenzó a ser interpelado por diferentes movimientos sociales, particularmente el estudiantil (de secundarias en el 2006 y universitarias en el 2011) y terminó por remecerse en el 2019, en lo que se ha nombrado como Estallido o Revuelta Social, que fue duramente reprimido por la policía, reinstalando violencias que se creían en el pasado.

Ese estallido derivó en un proceso constituyente que ha quedado en suspenso después que el pasado 4 de septiembre de 2022 una mayoría rechazara, vía plebiscito, el nuevo texto constitucional elaborado por una Convención Constitucional. Se trató de una Convención que fue, por primera vez, paritaria en términos de género y con escaños reservados para los pueblos originarios. Como hemos argumentado en otros trabajos (Cruz, Badilla, Reyes, *et al.*, 2022), el Estallido Social estuvo anudado a las masivas movilizaciones feministas que también en los últimos años rebasaron las calles y que, en el 2018, solo un año antes del estallido, fue nombrado como el *tsunami feminista*.

Hacemos esta apretada pincelada del contexto chileno no solo pensando en una lectora extranjera, sino porque es parte constitutiva de lo que expondremos. Las diversas investigaciones en las que usamos la propuesta de los conocimientos situados (en adelante CS) de Haraway, analizan tres temas que atraviesan lo que ha movilizado al país: los modos en que la transmisión de las memorias sociales del pasado reciente se cruza con lo generacional, los territorios populares y el género. Investigando esas intersecciones participamos en la construcción de CS donde las ciencias sociales están ensambladas a la sociedad (Ramos, 2012).

El objetivo de este artículo es compartir reflexiones que surgen desde la práctica de investigación en dichas temáticas, no para mostrar sus resultados, sino para poner en diálogo preguntas, problemas y posibilidades que hemos construido durante estos años trabajando juntas. Un ejercicio de reflexividad, en los términos de Haraway.

En lo que sigue, sintetizaremos la propuesta de los CS tal como la asumimos, para luego exponer cuatro formas, basadas en los diferentes proyectos de investigación, en las que traducimos y nos apropiamos de Haraway: primero, mediante el uso de autorrelatos de las investigadoras en un estudio sobre la transmisión generacional de las memorias de la dictadura que desafían las nociones de sujeto activo y objeto pasivo. En segundo lugar, el modo en que el punto de vista feminista nos permitió fortalecer

¹ Este artículo es parte del Proyecto de Investigación Fondecyt Regular n.º 1210360, agradecemos el financiamiento de ANID, así como los comentarios y aportes de las evaluadoras del borrador.

las nociones de objetividad situada, al estudiar las memorias dominantes sobre la dictadura en Valparaíso. Tercero, los desafíos que supuso evitar el ventrilocuismo que reclama Haraway al investigar colaborativamente con una organización social de un barrio de Santiago que fue emblemático en sus luchas por la dictadura y que hoy está intervenido por el Estado, tras tildarlo de “barrio crítico” por el aumento sostenido de la violencia, el narcotráfico y otras problemáticas que se viven en el territorio. Y cuarto, desde el proyecto actual sobre la disputa del género y la transmisión de las memorias, problematizaremos la semiótico-materialidad del trabajo de investigación, práctica que está atravesada por los vínculos afectivos, la vida cotidiana y los condicionantes de la institucionalidad científico-académica. Al cierre, compartiremos algunas inquietudes sobre algo que la epistemología tradicional evade: las formas de implicación de las diversas entidades que participan en la construcción del conocimiento.

Nuestra forma de apropiarnos de los Conocimientos Situados

Para Haraway (2004) la denuncia del orden global puede ser necesaria, pero no es suficiente. Llevado al tema del trabajo científico, incluido el de las ciencias sociales, nos ha convencido su llamado a no descartar a la ciencia porque hacerlo resultaría demasiado costoso, toda vez que vivimos en sociedades que son tecnocientíficas. Si, como señala Harding (1998), la relación histórica entre ciencia y sociedad muestra que ambas se han desplegado a la par, tanto en sus proyectos de dominación como en sus movimientos democráticos, entonces no es llegar y descartar lo heredado sino más bien asumir su impureza.

Recuerdo, al haber sido formada como conocedora privilegiada y a la vez ajena a los discursos y poderes hegemónicos de mis legados europeos y norteamericanos, que el anti-semitismo y la misoginia se intensificaron durante el Renacimiento y la Revolución Científica de principios de la Europa moderna, que el racismo y el colonialismo florecieron durante los hábitos viajeros de la Ilustración cosmopolita, y que la miseria intensificada de miles de millones de hombres y mujeres parece enraizada orgánicamente en las libertades del capitalismo transnacional y la tecnociencia. Pero recuerdo también los sueños y logros de libertades contingentes, conocimientos situados, y el alivio del sufrimiento, inextricables a esta triple herencia histórica contaminada. (Haraway, 2004: 19)

No se trata entonces de una crítica contra ni fuera de la tradición moderna, tampoco es antiilustrada, sino más bien una posición señalada por “las diferentes alfabetizaciones que suponen los relatos de la historia de salvación cristiana y el progreso tecnocientífico” (Haraway, 2004: 19). Por lo mismo, asume que su posición y las de sus figuras no son simplemente antagonistas, sino contradictorias, múltiples, contingentes y situadas a la vez.

Por lo demás, hemos observado que cuando se hace referencia a los CS a menudo ello se reduce a mostrar las identificaciones de quien investiga (ej. posicionarse como feminista, de izquierdas) o a recordar la ubicación espacio-temporal del estudio. Sin embargo, cuando Haraway postula reconocer la situacionalidad del conocimiento, lo hace no sólo para argumentar las marcas de género, clase y racialización de quienes investigan o sus modos de comprometerse normativamente, sino para problematizar que todo conocimiento está amarrado a sus modos de producción.

Con todo, uno de los mayores aportes de las epistemologías feministas, particularmente la de los CS, es que han dado nuevas razones para apuntalar la capacidad crítica de las investigaciones que están comprometidas con alguna posición normativa y no solo

con el avance del conocimiento (Cruz, 2014). Esto es algo que caracteriza el campo de los estudios de memoria en el Cono Sur y la investigación feminista (Cruz, 2018a).

Como sabemos, las feministas comenzaron a trabajar en áreas aplicadas del conocimiento como parte de la preocupación por los asuntos prácticos del movimiento político. Allí fueron muy importantes las filósofas feministas. De a poco, y a medida que se fueron desplazando desde los márgenes hacia el centro de la discusión filosófica, empezaron a ocuparse de los problemas del androcentrismo en la estética, la ética, la metafísica y la epistemología (Cruz, 2014). Esto se resume en lo que Sandra Harding identificó como pasar del problema de las mujeres en la ciencia, a la cuestión de la ciencia en el feminismo (Harding, 1996). El factor común de ese debate ha sido el reconocimiento del compromiso político por reconstruir la epistemología sobre bases nuevas, más auto-conscientes. Un esfuerzo por visibilizar que los valores, la política y el conocimiento siempre han estado conectados y proponer modelos filosóficos capaces de dar cuenta de esos vínculos de manera más heurística (Alcoff y Potter, 1993).

Pese a que hay variadas posturas dentro de las epistemologías feministas, identificamos ciertos ejes comunes que aquí vamos a sintetizar: a) el pasar del reclamo por el cuerpo de las mujeres a la encarnación del conocimiento, como contrapartida de la concepción abstracta del conocimiento que defiende la ciencia moderna; b) la impugnación al método científico como dispositivo neutral; c) reconocer un sujeto de conocimiento colectivo en vez de individual; d) la crítica a los límites disciplinarios; e) el cuestionamiento a considerar al dato empírico como el juez principal en la validación del conocimiento y f) la impugnación del universalismo espacio-temporal (Cruz, 2014).

En suma, más allá de los diferentes matices, lo común a las epistemologías feministas es su reivindicación de la dimensión política de toda epistemología. De esta forma se postula que “los conocimientos deben ser vistos como productos con perspectiva, parciales, limitados y contestables, como resultados de imperativos históricamente específicos, políticos, sexuales y epistemológicos” (Grosz, 1993: 209), no necesariamente inútiles sino parciales, comparables a otras perspectivas. Siguiendo a la misma Grosz, no se trata de reemplazar los criterios falocéntricos por unos más inclusivos sino de develar la política de la verdad, de la lógica y de la razón.

Aunque por espacio no podemos ampliar el argumento, la propuesta de Haraway ha supuesto una alternativa a la moderna epistemología de la representación, en lo que se reconoce como una epistemología de la articulación. La primera se sustenta en dos supuestos: que la distancia entre sujeto y objeto es lo que permite el desinterés y la neutralidad y que hay una oposición entre ambos, donde el sujeto es activo y cargado de desarrollo cultural y tecnológico *v/s* un objeto pasivo e inerte. Como consecuencia de ello, se acepta que el investigador (casi siempre pensado en masculino) no interfiere en lo que observa, es autónomo, racional y desinteresado, mientras que la realidad aparece como externa, disponible, pasiva y fija. Comprender de este modo la relación entre sujeto y objeto implica que el conocimiento que allí surge sea concebido como un reflejo de la realidad, donde el sujeto que observa no interfiere en lo que observa y la realidad investigada permanece inalterada.

Desde la epistemología de la articulación de Haraway, en cambio, se proponen otras metáforas para entender al sujeto, al objeto y la relación entre ambos. Con relación al sujeto, se asume que es activo, parcial, corpóreo y enlazado a diversos intereses; el objeto, a su vez, es reconocido como un ente activo y móvil. Reinterpretados los componentes del proceso de producción de conocimiento –sujeto y objeto– no queda intacta la relación que los vincula, la cual se reinterpreta ya no como el reflejo o la representación, sino como una articulación a través de la cual la realidad resulta difractada. En tal sentido, el conocimiento científico que se produce no es universal,

ni relativo, sino situado. Así, la epistemología de la articulación comprende el acto de conocer como una práctica que es siempre parcial, situada, precaria y material, y no una que la epistemología moderna postuló como formal, universal, exacta y especular, donde todo lo que participa queda semiótico-material y mutuamente constituido. Con este cambio pasamos de un conocimiento descriptivo a uno que puede ser crítico (García, 2008). Se trata de una propuesta densa que conviene seguir en la lectura de la propia Haraway (1995, 1999, 2004 y 2019), pero para comprender lo que sigue requerimos retomar al menos algunas de sus ideas más provocadoras.

La difracción, por ejemplo, es una metáfora visual que viene a romper con la idea de representación de la epistemología moderna que señalábamos, pero también es una forma de evitar la ingenuidad de la reflexividad entendida como autoreflexión, precisamente porque la reflexividad no es suficiente para evitar la autoinvisibilidad.

La difracción no produce un desplazamiento de “lo mismo” como sí hacen la reflexión y la refracción. La difracción es una cartografía de la interferencia, no de la réplica, el reflejo o la reproducción. Un modelo difractorio no indica dónde aparecen las diferencias, sino dónde aparecen los efectos de la diferencia. (Haraway, 1999: 126)

En tal sentido, y como argumentamos en un trabajo previo, asumir la situacionalidad del conocimiento no es lo mismo que defender un relativismo cognitivo y político. Por el contrario, es comprometerse con el desafío de la investigación crítica que pone en escrutinio tanto a los objetos como a los sujetos de conocimiento, su relación, las prácticas semiótico-materiales que los constituyen, sus condiciones de producción y el conocimiento científico que allí se fragua en vínculo con diversas articulaciones extra científicas. Dicha localización no es un espacio fijo sino la expresión de una situación que nunca es evidente. De ahí la necesidad de recursos que nos permitan recrearla, criticarla, comprenderla. Sin embargo, no es tampoco una comprensión distante. Haraway llega a la propuesta de los CS por su compromiso político con el feminismo, el postcolonialismo y la búsqueda de proyectos más democratizadores para la ciencia y la sociedad (Cruz, 2014).

La localización no consiste en una lista de adjetivos o una asignación de etiquetas como raza, sexo o clase. La localización no es la concreción de la abstracción de la descontextualización. (Haraway, 2004: 56)

En tal sentido, la investigación que se pretende crítica no implica necesariamente investigar a los que no encajan, a las categorías sociales que homogéneamente ubicamos en posiciones subalternas, despachando con ello demasiado rápido lo que significa asumirse como investigadora comprometida. Encajar o no en las normas no es algo estático, definitivo o permanente. Dicho en otras palabras, y pensando en el caso chileno, no es suficiente con investigar –por ejemplo– a las “mujeres”, los “pobres”, las “víctimas de la dictadura” o los “pueblos originarios”. La complicidad con tales posiciones y sus luchas no garantiza que no reproduzcamos lógicas de la representación. Importa más bien indagar en los intersticios de las articulaciones siempre contingentes y precarias que (re)producen tales posiciones (Cruz, 2014). En lo que sigue, mostraremos cuatro formas en que hemos buscado ponerlo en práctica.

Primera forma: sujeto y objeto como posiciones móviles al estudiar la transmisión generacional de las memorias

Haraway, poniendo en diálogo los estudios sociales de la ciencia, la teoría feminista antirracista y la tecnociencia, entendidos los tres como aparatos de producción

cultural, construye una serie de figuras que le permiten encarnar dichos aparatos, entre ellas, “testigo modesto”, “HombreHembra” y “Oncoratón”.

El testigo modesto es una figura de los relatos de la ciencia y los estudios de la ciencia. El/ella trata sobre el decir la verdad, dar testimonio fiable, garantizar cosas importantes, dar base suficiente para permitir la creencia precisa y la acción colectiva, a la vez que para evitar el narcótico adictivo de las fundaciones trascendentales. HombreHembra es la principal figura del campo narrativo del feminismo en este libro. El/ella trata sobre la categoría fundacional contingente y disociada de mujer, fantasma del coherente hijo prodigio llamado hombre. Oncoratón es una figura del campo narrativo de la biotecnología y la ingeniería genética, mi sinécdoque para la tecnociencia. (Haraway, 2004: 40)

Se trata de un afán que busca no solo no renunciar a la ciencia, sino también el permitirnos la creación de significados.²

Se trata de pensar la tecnociencia como un tropo que es parte de un todo para un mundo de actores y actantes no humanos, lo que no es independiente de la reconstitución de cuestiones tales como la libertad, la justicia y el conocimiento. En un sentido más amplio, lo que está también en juego es una forma de resignificar el llamado sujeto histórico apuntalando proyectos críticos que no lo den por sentado, sino que se involucren en su creación, impugnación y transformación. Se trata de una disputa por la creación de significados que ya no puede sustentarse en la clásica división entre sujetos y objetos, “los intérpretes de signos son ontológicamente sucios” (Haraway, 2004: 153).

Actores/as y actantes articulados provisionalmente, temporalmente dispersos y espacialmente rearticulados pueden ser conectados y reconectados. Lo importante son las conexiones y las inscripciones. La apuesta de Haraway, tal como la entendemos, es que las feministas participemos más fuertemente en la creación de significados en mundos tecnocientíficos como los actuales y que seamos reconocidas por ello. Nuestra posición es que este interés por fomentar la disputa y creación de significados a través de las conexiones, permita a la investigación crítica en las ciencias sociales crear nexos en vez de develar problemas de forma mesiánica (Cruz, 2014). Es en ese afán que hemos buscado formas de alterar la clásica dicotomía entre sujeto activo, autónomo y desinteresado v/s objeto de investigación pasivo y disponible. Este carácter activo del objeto de conocimiento, pensado especial pero no exclusivamente para las ciencias naturales, implica ver lo no humano como un actante. Tal denominación, tomada de Greimas, se usa para dar cuenta de conjuntos de elementos –no necesariamente humanos– que operan al nivel de la función en una frase.

Los no humanos no son necesariamente actores en el sentido humano, sino que son parte del colectivo funcional que constituye un actante. La acción no es tanto un problema ontológico como semiótico. (Haraway, 1999: 156)

2 Un ejemplo de ello es el uso del hipertexto como metáfora. Haraway escribe en 1994, usando el ejemplo del hipertexto que antecede a Google, cómo la tecnología hace de médium en la distribución global de la información en el corazón de la actividad comercial, académica y cultural en general, en un mundo donde las oportunidades de vida y muerte son reconfiguradas por los computadores. “Como cualquier buena tecnología, el hipertexto ‘realiza’ sus sujetos y objetos” (Haraway, 2004: 151) como parte de los aparatos que producen la cultura tecnocientífica. La esencia del hipertexto es crear conexiones, y por ende puede ser también una metáfora útil para cambiar las formas en que escribimos ficción, en que conducimos el saber y (re)construimos redes consecuentes en un mundo que reconocemos como poblado de sujetos-objetos de investigación.

Este carácter activo del objeto tiene relación también con considerarlo siempre en su doble cualidad de ser material y semiótico al mismo tiempo.

En otra parte, he utilizado el término ‘actor semiótico-material’ para subrayar el objeto de conocimiento como una parte activa del aparato de producción corporal, sin presuponer nunca la presencia inmediata de tales objetos, o, lo que es lo mismo, su determinación final o única de lo que puede considerarse conocimiento objetivo de un cuerpo biológico en un momento histórico determinado (...) La naturaleza es un lugar común y una construcción discursiva poderosa, resultado de las interacciones entre actores semióticos-materiales, humanos y no humanos. (Haraway, 1999: 124)

Con tal concepto se está insistiendo en la imposibilidad de la separación entre materialidad y significación, asumiendo que el significado no precede ni inaugura la materialidad en formas concretas, a la vez que las cosas son producto de la relación indisoluble de materialidad y significación. Esto no alude solo a los objetos de conocimiento sino también de los procesos de formación de subjetividades.

No hay una sola forma de reconocer cómo participamos en la construcción de CS desde la investigación en ciencias sociales. Sostener lo contrario sería un contrasentido con la propuesta de Haraway. Un primer ensayo lo hicimos hace ya diez años, en el contexto de una investigación sobre transmisión generacional de las memorias sociales de la dictadura (Cruz, Reyes y Cornejo, 2012), cuando en Chile el movimiento estudiantil salía a las calles para demandar educación gratuita. Se trataba de una forma de traer al debate político un legado de la dictadura hasta entonces escasamente debatido: la privatización de derechos sociales que supuso la implantación del modelo neoliberal.

En ese proyecto partimos dos de las integrantes del equipo actual, al que se sumó una tercera investigadora. Juntas empezamos a problematizar cómo trabajaríamos distancia y cercanía, rigor y parcialidad. La pregunta por lo generacional no nos era indiferente. Las tres habíamos crecido en dictadura. En ese momento, una de nosotras realizaba su investigación doctoral sobre los CS en Haraway, lo que nos indujo a ensayar su traducción como un recurso para asumir nuestras subjetividades.

Así, antes de lanzarnos a realizar la metodología planificada, relatos de vida con personas de distintas posiciones generacionales (Cornejo, Reyes, Cruz, *et al.*, 2013), nos arriesgamos a escribir los autorrelatos de nuestra experiencia en dictadura, luego los analizamos e incluso nos atrevimos a llevarlos a una publicación sobre la cuestión de la subjetividad de las investigadoras desde la propuesta de los CS (Cruz, Reyes y Cornejo, 2012). Ese ejercicio enriqueció mucho el posterior acercamiento al trabajo de campo y fortaleció la reflexividad teórica y metodológica, pero sobre todo nos obligó a reconocer cómo las memorias de la dictadura pasaban por nuestros cuerpos y biografías. No nos hizo sujetos de investigación imparcial, sino que nos permitió preguntarnos por la generación de conocimiento desde nosotras mismas y con ello ocupar el lugar de objeto de estudio. Partir con nuestros autorrelatos no estuvo motivado solo por preocupaciones metodológicas, sino también por inquietudes epistemológicas y políticas respecto a cómo fundamentar la producción de un conocimiento del cual éramos parte y que nos implicaba afectivamente. En otras palabras, se trató de un esfuerzo por reapropiarnos de la noción de objetividad como un parámetro de rigurosidad, sin tener que igualarlo a la pretensión de neutralidad.

Segunda Forma: El Punto de Vista como recurso para generar las memorias

Entre las epistemologías feministas destaca el trabajo conocido como teorías feministas del punto de vista, donde Sandra Harding (2004) es la principal referente con

su concepto de *objetividad fuerte*, un constructo que Haraway usa para apuntalar su propuesta de los CS. Harding propone fortalecer la objetividad aprendiendo a mirar desde el *punto de vista* de las vidas marginalizadas. Con ello podríamos conocer algo que permanece invisible, o sesgado si observamos solo desde las posiciones dominantes, dado que operan presupuestos culturales tan básicos –como el androcentrismo o el racismo– que nos impide reconocerlo.

Se trata entonces de desnaturalizar lo que damos por obvio. Con ello podríamos transformar los desequilibrios de poder institucionalizados en una palanca hacia la obtención de una objetividad fortalecida, capaz de identificar esos presupuestos culturales y efectos del poder institucionalizado. Haraway toma esta idea para sostener cómo los CS pueden ser críticos. Sin embargo, también advierte que el punto de vista de las mujeres –o de cualquier posición subalterna– puede ser contradictorio e incluso distorsionado por el orden dominante, por eso no se trata de tener que aceptarlo acriticamente. De ahí la importancia de las luchas políticas y teóricas libradas por los feminismos para construir, mediante la articulación de diferentes y desiguales experiencias, posiciones críticas. Los puntos de vista subalternizados operan entonces como puntos de partida, no de llegada. Un debate que también ha sido discutido desde las llamadas epistemologías feministas del sur.³

Es en ese sentido que la crítica de Haraway no es solo deconstructiva sino también esperanzadora. En sus diálogos con las feministas del punto de vista, argumenta que necesitamos puntos de vista que sean extraordinarios, que prometan algo no conocido de antemano, para construir mundos menos organizados en ejes de dominación (Haraway, 1995).

Los rasgos ópticos de mi teoría reductora tienen el propósito de producir no tanto efectos de distanciamiento, como efectos de conexión, de encarnación y de responsabilidad con algún otro lugar imaginado que ya podemos aprender a ver y a construir. (Haraway, 1999: 122)

Esa responsabilidad es lo que podemos torcer a favor de los compromisos a los que suscriben los proyectos críticos de ciencia, asumiéndolos como situados en un sentido transformador y aliados de unas orientaciones normativas, éticas y políticas específicas. En tal sentido, si bien todo conocimiento es situado, asumirlo positivamente es la forma de ejercer la objetividad feminista como objetividad encarnada, vale decir, como una que renuncia al privilegio de ver desde ninguna parte y a esencializar una posición como mejor que otra por estar del lado de los subyugados, vistos como identidades fijas, homogéneas, originales y necesitadas de vocerías que hablen por ellos/ellas (Cruz, 2014).

³ Asumir la situacionalidad del conocimiento supone distanciarse de quienes esencializan los territorios desde donde se activan los distintos feminismos como ubicaciones fijas, homogéneas y armónicas; pero también contestar a quienes en aras de la universalidad no atienden a las ubicaciones geopolíticas, económicas y culturales específicas que configuran formas de actuar y pensar específicas. En tal sentido, lo Latinoamericano no es una posición inocente, pero tampoco irrelevante. Son innumerables las aportaciones del feminismo decolonial, donde destacan especialmente María Lugones (2011) y Yuderlys Espinosa (2013), que han problematizado este asunto. Es un lente en el que nos estamos formando recientemente, leyendo especialmente a Iris Hernández (2020, 2022). Una forma intergeneracional de conocer algunas de las voces más importantes, figura también en la antología editada por Julia Antivilo (2022). De momento, y para el tema que nos ocupa, encontramos variados puntos de conexión con la forma en que el texto *Feminismos de Sur* (Alvarado, 2020) construye una voz coral que muestra cómo hay diferentes cruces entre el feminismo poscolonial y decolonial, la teoría feminista, los legados del pensamiento latinoamericano y también la epistemología feminista. Y aunque la lista es larga, en este último campo hay diversas autoras de América Latina y el Caribe que, de distintos modos y en diferentes momentos, han dado forma a la producción de epistemologías feministas en la región (Maffía, 2007; Montecino y Obach, 1999; Calquín y González, 2018; Alvarado, 2020, entre otras).

Una forma de ilustrar hasta qué punto al asumir un punto de vista puede mejorar una investigación (en vez de distorsionarla) fue desarrollada por quien lidera este artículo en una segunda investigación destinada a comprender cómo se articulaban memoria y género desde una preocupación feminista (Cruz, 2018a; 2018b; 2022; Cruz y Orellana, 2022; Cruz y Eguren, 2022).

Los estudios de memoria en el Cono Sur desestabilizaron versiones oficiales dominantes que negaban o subestimaban el terrorismo de Estado. Sin embargo, cuando empezamos a estudiar los cruces entre memoria y género⁴ pudimos poner atención a cómo las políticas públicas de memoria, o las que habían empujado las principales agrupaciones de derechos humanos, arriesgaban reproducir supuestos básicos androcéntricos y heteronormativos. Ejemplifiquemos con un par de imágenes.



Fuente: fotografía tomada por María Angélica Cruz, etnografía Fondecyt 1150115.

⁴ Nuestras reflexiones en este cruce están en diálogo con diversas autoras que desde hace años empezaron a empujar una lectura de género en los estudios de memoria del Cono Sur. Este análisis ha permitido mostrar los modos en que las dictaduras y sus modos de represión tuvieron una carga de género que solo en los últimos años ha encontrado una escucha social, en particular, pero no exclusivamente, por ejemplo para las formas de violencia político-sexual que habían permanecido silenciadas. A su vez, han permitido reconocer la multiplicidad de formas en que las mujeres lucharon contra las dictaduras. Sin embargo, articular memoria y género no es solo recordar lo ocurrido con las mujeres, sino interrogar desde una lectura feminista las diferentes formas de hacer memoria, por ejemplo, a través de los testimonios, el arte, las políticas públicas de memoria, los lugares y conmemoraciones, las disputas por las memorias y las luchas del presente, entre muchas otras posibilidades. Sin posibilidad de nombrarlas a todas, destacan entre nuestras referentes Elizabeth Jelin (2017), Alejandra Oberti y Claudia Bacci (2022), Lelya Troncoso (2015), Hilary Hinner (2015), Bárbara Sutton y Nayla Vacarezza (2021), Mariela Peller (2020), Cristina Scheibe Wolff (2015), Mónica Iglesias (2020), Ksenija Bilbija, Ana Forcinito y Bernardita Llanos (2017), Sandra Palestro (1991) y Alicia Salomone (2022).



Fuente: fotografía tomada por María Angélica Cruz, etnografía Fondecyt 11150115.

La primera fotografía corresponde a una etnografía de la marcha por la Conmemoración del Golpe de Estado, el 11 de septiembre del 2016 en Valparaíso. El lienzo lo portan mayoritariamente hombres. El texto ocupa el género masculino y el emblema es Salvador Allende. La segunda imagen la tomamos en la Cordelada Feminista realizada ese mismo año, una intervención callejera impulsada por colectivos feministas –particularmente el Observatorio de Mujeres y Medios de Valparaíso– para disputar la clásica conmemoración del Golpe, visibilizando la represión política hacia las mujeres, algo que solía quedar opacado en el imaginario tradicional sobre las víctimas de la dictadura representadas casi siempre en masculino. Asimismo, pudimos reconocer, gracias al trabajo con ex presas políticas que colaboraron en ese estudio, la invisibilización de las luchas de las mujeres en contra de la dictadura en las memorias dominantes. De este modo, aprendimos a mirar desde un punto de vista subalternizado –ciertas experiencias de las mujeres– e interesado –desde los feminismos– posibilitando que apareciera lo que estaba fuera de foco en las disputas por las memorias, por ejemplo, la invisibilidad de la dimensión de género de la represión, la subestimación de las luchas de las mujeres durante la dictadura y los modos en que las políticas de memoria podían reproducir un orden de género hegemónico (Cruz y Eguren, 2022). Con ello la co-construcción resultó fortalecida.

Tercera forma: Investigando con una organización territorial

Los estudios feministas de la ciencia tratan sobre la tecnociencia en general, pero “no hay manera de crear un argumento general fuera del trabajo inacabable de articular los mundos parciales de conocimientos situados” (Haraway, 2004: 228). Sin embargo, el punto de vista es distinto de las políticas de la identidad. El conocimiento feminista está enraizado en una conexión imaginaria y una coalición práctica que ha sido un logro duramente ganado, pero ello no es lo mismo que localismo sino “especificidad y encarnación consecuentes” (Haraway, 2004: 230). La imposibilidad de una política inocente de la identidad trata de hacernos conscientes de que la visión es una cuestión de poder y que siempre hay un grado de violencia implícita en nuestras categorías visualizadoras. Ello no es independiente de los CS que asumen la objetividad como posibilidad de conexiones parciales (Cruz, 2014).

Sin embargo, mirar desde la visión de las posiciones subalternizadas tampoco es algo no problemático o exento de riesgos, por ejemplo, romantizar sus posiciones o convertirnos en sus ventrílocuos (Haraway, 1995). Así, más bien la propuesta es conectarnos con otras inapropiadas e inapropiables:

Ser 'inapropiado/ble' no significa 'estar en relación con', esto es, estar en una reserva especial, con el estatus de lo auténtico, lo intocable, en la condición alocrónica y alotópica de la inocencia. Por el contrario, ser un "otro inapropiado/ble" significa estar en una relación crítica y deconstructiva, en una (racio)nalidad difractoria más que refractoria, como formas de establecer conexiones potentes que excedan la dominación. Ser inapropiado/ble es no encajar en la taxón, estar desubicado en los mapas disponibles que especifican tipos de actores y tipos de narrativas, pero tampoco es quedar originalmente atrapado por la diferencia. Ser inapropiado/ble no es ser moderno ni postmoderno, sino insistir en lo amoderno. (Haraway, 1999: 126)

Tomando la propuesta del punto de vista de Harding, Haraway problematiza que las llamadas *perspectivas desde abajo* se ven obligadas a considerar varios riesgos. Primero, el de romantizar las visiones subalternas, esperando que provean no solo los problemas y las agendas sino también las soluciones. Sin embargo, el punto de vista subalterno no es inocente, el proyecto de la objetividad fuerte no es lo mismo que las políticas de la identidad. La otra cara del mismo problema es llegar a convertirnos en sus voceros.

No hay nada en esta estructura de acción que excluya las articulaciones de los científicos y otros norteamericanos que se interesan por los jaguares y otros actores; pero los modelos, flujos e intensidades de poder, con toda seguridad, han cambiado. Esto es lo que hace la articulación; siempre es una práctica no inocente, impugnabile; los compañeros no se establecen de una vez para siempre. Aquí no hay ventriloquia. La articulación es un producto, y puede fallar. Toda la gente que importa, cognitiva, emocional y políticamente, debe articular su posición en un campo constreñido por una nueva entidad colectiva, compuesta de indígenas y otros actores humanos y no humanos. El compromiso y la entrega, no su invalidación, con un colectivo emergente son las condiciones de confluencia entre las prácticas de producción de conocimiento y las de construcción del mundo. Esto es el conocimiento situado en el Nuevo Mundo; se levanta sobre lugares comunes, y toma giros inesperados. (Haraway, 1999: 141)

Segundo, una ciencia desde abajo necesita dejar en claro que no todas las posiciones subalternas tienen el mismo valor cognitivo; no solo es imposible que sean imparciales –ven desde alguna parte y tienen ciertos intereses– sino que ni el relativismo ni el universalismo son sus soportes (García, 2004). Tales desafíos pudimos ponerlos en acto en un tercer proyecto donde participamos varias/os de quienes forman parte del equipo actual, y en el que también participó FiSura, una organización cultural de la población La Legua, en Santiago de Chile, que, como adelantamos, fue un territorio protagónico en las luchas contra la dictadura y que en democracia ha sido definido por el Estado como "barrio crítico" por ser asociada a problemas de seguridad ciudadana y narcotráfico.

Si bien el campo de los estudios sociales de la memoria es diverso, en general, en Chile, la investigación se ha concentrado en las políticas públicas de la memoria, los trabajos sobre el trauma psicosocial o los emprendimientos de memoria vinculados a las organizaciones de derechos humanos. Como hemos argumentado en un trabajo anterior (Reyes, Jeanneret, Cruz, et al., 2018), a pesar que las memorias sociales tienen un anclaje geográfico específico, el foco generalmente ha sido la nación y las

instituciones del Estado, no así el poder local y sus vínculos con el poder central. Además, los estudios suelen investigar la violencia política ligada a la dictadura y no tanto otro tipo de conflictos. Por eso, en este tercer proyecto, la preocupación por la transmisión intergeneracional la desplazamos hacia este barrio.

Esta vez el desafío era preguntarse por quién puede ocupar el lugar de sujeto que produce conocimientos. FiSura no solo fue parte del equipo de trabajo, sino que ensayamos un texto en coautoría donde ambas partes del equipo, investigadoras y miembros de la organización del barrio, escribimos un relato que sintetizó algunas de las tensiones que nos habían marcado. No era un texto que pretendía fundir las dos voces, sino uno que las intercalara. Como allí argumentamos, “hemos recorrido un trayecto de interrogaciones ensayando formas de investigación que, más que conocer, identificar y/o intervenir a “otro” –en este caso, La Legua y sus habitantes–, pretenden implicarse y elaborar crítica y conjuntamente las memorias, los silencios y los olvidos que lo constituyen” (Reyes *et al.*, 2018: 71).

En este ejercicio también podemos reconocer que opera la epistemología feminista de la articulación de Haraway, en tanto tuvimos que ensayar coordinaciones en la toma de la palabra, en la traducción mutua de nuestros modos de vida, los conflictos y las posiciones híbridas y cruzadas entre la academia y la organización social. Mestizaje que supone que algo se articula con otra cosa en un proceso que altera todos los componentes que se implican en esa articulación. Aprendimos a hacerlo, haciéndolo.

Quienes estudiamos en la década del noventa tenemos en la memoria el legado del trabajo de las ciencias sociales durante la dictadura. En los años ochenta, después de ser expulsadas de las universidades, las ciencias sociales forjaron sus saberes trabajando con diversos movimientos como parte de las luchas contra la dictadura. Fue común desarrollar lo que se conoce como investigación-acción-participativa. Tiempo después, tras la recuperación del régimen democrático en Chile, la producción de conocimientos estuvo orientada especialmente hacia las políticas públicas, con una escasa reflexión sobre sus condiciones de producción (Ramos, 2012).

Con esa memoria en el cuerpo, nos preguntamos cómo podrían investigar hoy quienes trabajan en el mundo académico y quienes son parte de una organización territorial. Un recurso que usamos fue la metáfora del extranjero de Simmel (1908/2012) para pensar con esa figuración las posibilidades y límites de lo que pudimos hacer conjuntamente. Lo que ocurría en La Legua nos implicaba a todas/os, pero de manera muy diferente y desigual. Así, colectivamente señalábamos:

La figura del extranjero como posición en el recorrido investigativo sobre las memorias de un territorio en “emergencia” entre investigadores/as que trabajan en el mundo académico y una organización social perteneciente al territorio, nos ha posibilitado preguntarnos: ¿Qué nos permite distinguarnos, pero a la vez encontrarnos? ¿Qué simboliza las relaciones que hemos construido entre lo nativo y lo extranjero? En definitiva, ¿cómo articularnos para trabajar en conjunto? Si bien son interrogantes que podrían pensarse para toda investigación social, la extranjería que hemos ido experimentando desde ambas posiciones cobra especificidad en el acto mismo de investigar sobre las memorias del territorio. (Reyes *et al.*, 2018: 82)

Y, en la misma publicación, la voz de FiSura se preguntaba a quiénes pertenecían las memorias que se producen en una investigación, ¿al equipo de investigación? ¿A los entrevistado/as? Algo que no depende solo de voluntarismos o respuestas individuales.

En nuestra experiencia en general, los investigadores/as han terminado, más allá de sus voluntades, subsumidos o condicionados por las urgencias institucionales, por la demanda de los empleadores, imponiendo sus ritmos, modos y maneras, incluso sus ausencias. Desarticulando los acuerdos iniciales y poniendo intereses instrumentales por sobre las relaciones construidas. En general, ésta ha sido la experiencia, sin desmerecer ni anular las excepciones, donde los investigadores/as si han pagado el precio de la espera. Asimismo, muchos pobladores y pobladoras nos hemos relacionado de manera instrumental con los investigadores/as, esperando algo que reditúe de alguna manera el tiempo 'dado' y los relatos 'ofrecidos'. Construyendo relaciones de conveniencias mutuas que se desploman al más mínimo desencuentro (Organización Social, 2017). (Reyes et al., 2018: 87)

En este último tiempo la investigación de las ciencias sociales ha sido interpelada por muchos colectivos desde la metáfora del extractivismo académico. Dicha lógica afecta también a los estudios de memoria que requieren de relaciones que permitan desplegar narraciones sobre el pasado. Para que cierto tipo de relatos se produzcan requerimos no ceder del todo a los intereses propios de la lógica investigativa, entre ellos, publicar profusamente en revistas de alta indización. Suspender esa presión fue un requisito para poder generar relaciones de escucha significativa, pero implicó articular los tiempos de la investigación y los tiempos del territorio y sus habitantes.

Entendemos que esta relación como cualquier otra requiere de ser gestionada, atendida, bien cuidada. No para evitar conflictos ni tensiones, sino para establecer los mecanismos, las formas en que se pueden contener, resolver o elaborar. Un marco común que permita que las puertas vuelvan a abrirse y que por un pequeño instante el tiempo de la extranjería habite los tiempos y espacios del habitante, sin perder su condición. Un tiempo donde el habitante reconozca en esa diferencia, del otro lado de la puerta, a un otro distinto, que viene de común acuerdo a compartir la mesa de los recuerdos porque se han ofrecido la palabra y la escucha (Organización Social, 2017). (Reyes et al., 2018: 92)

Cuarta forma: Modos de trabajo en equipo al estudiar las disputas por el género en un presente convulso

Como hemos argumentado antes (Cruz, 2014), los análisis de las diversas figuraciones de Haraway como el *cyborg* o el testigo modesto permiten entender que el mundo de la tecnociencia, y toda entidad, es siempre semiótico y material al mismo tiempo. Eso supone romper con las nociones tradicionales del contexto como algo que nos rodea o donde nos ubicamos, en tanto se trata de un mundo que disputamos y a la vez encarnamos; pero, sobre todo, uno en el que las representaciones a las que estábamos acostumbrados son rebasadas, exigiéndonos cuidado y responsabilidad.

La implosión de lo técnico, orgánico, político, económico, onírico y textual que es evidente en las entidades y prácticas semiótico materiales de la tecnociencia de finales del siglo veinte, configura mi práctica de figuración. (Haraway, 2004: 29)

Para el feminismo, sostiene, no importa si la libertad, la justicia o el conocimiento eran o no modernistas, pero sí que los tres tratan sobre el anhelo en términos de hooks, más que de fundamentos putativos de la Ilustración. Tal anhelo viene a ser una sensibilidad política y afectiva que posibilita enlaces de categorías cruzadas que "promoverían el reconocimiento de compromisos comunes y serviría como base para la solidaridad y la coalición" (hooks, 1990, en Haraway, 2004: 222).

Con ello en mente, llegamos al cuarto proyecto, un estudio aún en curso que busca comprender cómo operan las transmisiones generacionales de las memorias del pasado reciente en la disputa del género, incluyendo en esa disputa, tanto a los movimientos feministas y de las disidencias sexo-genéricas que empujan su transformación, como las organizaciones y contra movimientos que se activan para frenar ese cambio.

Nuestro equipo está integrado no solo por las disciplinas de la sociología y la psicología, sino que por mujeres y varones hetero-cis; disidencias sexuales, feministas; posestructuralistas, modernos, antimodernos; veganas, con hijos y gatos; con altas y medianas responsabilidades en la gestión académica, con distintas cargas de docencia, con trabajos estables y otros precarizados; personas de diferentes géneros y generaciones, de Santiago y Valparaíso. No todas nos conocíamos, aunque algunas sí, porque veníamos de trabajar juntas en los proyectos anteriores. Esta amalgama nos ha hecho ejercer una reflexividad sobre la *semiótico-materialidad* de nuestros modos de trabajo ¿cómo se trabaja un estudio sobre género cuando no todas son feministas?; ¿cómo se hace cuando nuestras cargas de trabajo están desigualmente presionadas por otras responsabilidades?; ¿cómo se toma y cede la palabra cuando hablamos de las memorias de la dictadura los que crecimos en ella y los que nacieron en democracia? Todo ello es parte de la situacionalidad del conocimiento que no remite solo a componentes racionales y abstractos sino a la materialidad de cuerpos, sistemas económicos, eventos, vida cotidiana y política.

Ha sido un trabajo intenso, donde no siempre hemos estado de acuerdo, pero la práctica del proyecto anterior (el del barrio) nos fue entrenando en reuniones sesudas, pero rigurosas en el cuidado. Las reuniones de equipo transitan entre la preocupación por cumplir lo comprometido en el proyecto, discutir avances de un artículo o compartir las experiencias del trabajo de campo. Cuando iniciamos el trabajo etnográfico de seguimiento de marchas y movilizaciones feministas y de las disidencias sexo-genéricas tuvimos dificultades que no habíamos previsto. Por ejemplo, no todas podíamos participar en la etnografía de marchas. Varias de esas convocatorias son separatistas, los varones no eran bienvenidos. Luego, al empezar con las entrevistas a grupos o colectivos conservadores, aparecieron otros problemas: nuestras marcas de género, la sexualidad y los feminismos han hecho más difícil lograr la confianza que involucra conceder una entrevista. Algunas colectivas de las disidencias sexo-genéricas se han negado a darnos una entrevista porque las investigadoras mayoritariamente nos identificamos como heterosexuales; otras, en cambio, aceptan de inmediato porque quieren que sus voces feministas y disidentes sean escuchadas.

Sin embargo, al volver sobre los registros de nuestros archivos podemos ver cómo también compartimos un variado repertorio de temores, agobios, alegrías. Los días más álgidos del estallido (2019) hicieron que afloraran las esperanzas de cambio, pero también reinstaló miedos del pasado. Por ejemplo, para participar en las movilizaciones o cubrir la marcha del 8 de marzo del 2020, tuvimos que equiparnos con antiparras, limones, agua con bicarbonato y un número de celular de emergencia. La represión política de la protesta se había reinstalado, dejando a muchas personas ahogadas en gases, detenidas y trágicamente con sus ojos mutilados producto de la represión policial. Al mismo tiempo, fuimos testigos *no modestas* de cómo los feminismos usaron la conmemoración del 8M para denunciar las nuevas violaciones a los derechos humanos (Cruz *et al.*, 2022). A su vez, el 2020 y 2021 seguían revueltos, pero asolados también por el temor que reinstaló la pandemia. Ahora no podíamos ir sin mascarillas y estuvimos confinadas en nuestros hogares, sobrepasadas con el teletrabajo.

Semana tras semana compartimos esos afectos, componentes que entendemos son constitutivos del conocimiento encarnado (Solana y Vacarezza, 2020). El año 2021 estuvo además atravesado por la campaña electoral para elegir a los integrantes de la Convención Constituyente, una campaña fuertemente polarizada que abrió otros espacios de exposición. El avance de discursos homo-lesbo-transfóbicos que perseguimos en el seguimiento de esa campaña también afectó a un equipo integrado por disidencias sexo-genéricas. Cubrimos las diferentes manifestaciones convocadas para detener el *avance del fascismo* y durante la etnografía de la Conmemoración del 11 de septiembre del 2022 ya no solo participamos en las marchas lideradas por el movimiento de derechos humanos, sino que incluimos el acto que realizaron grupos de derecha frente a la Escuela Militar de Santiago para homenajear al dictador. Allí, la metáfora de la *extranjera*, que tanto nos hizo pensar en el trabajo en La Legua, mutó a una figuración distinta que llamamos –de momento– *la espía*.

Nuestras reuniones siguieron cargadas de relatos sobre los modos en que el trabajo de investigación nos interpelaba, nos aportaba nuevas preguntas, pero también nos afectaba emocionalmente. Esa dimensión afectiva de la práctica de investigación no está escindida del conocimiento que co-producimos con las diferentes actorías que participan en el proyecto (investigadoras, asistentes, marchantes, entrevistadas, intervenciones en la red, entre muchas otras). Eso nos hizo relevar la dimensión semiótico-material de los afectos que movilizan nuestras corporalidades en la investigación. Se trataba de ver que “de manera contundente, la teoría es corporal, y la teoría es literal. La teoría no es algo distante del cuerpo vivido; sino al contrario. La teoría es *cualquier cosa* menos desencarnada” (Haraway, 1999: 125).

Aquí ha sido muy importante no solo discutir cómo investigamos sino también qué publicaremos y qué no; qué debe esperar, qué vale la pena hacer y qué mejor posergar. Para todo ello ha sido muy relevante contar con un equipo diverso. Es cierto que las mujeres podemos estar más cuidadas en un equipo femenino y feminista, donde nos sentimos más seguras, pero la seguridad y la confianza es más desafiante cuando se abre a los aprendizajes de diferentes trayectorias de vida. Ser un equipo de varones y mujeres cis, de personas de las disidencias sexo-genéricas, de generaciones que crecimos en dictadura y de otras mucho más jóvenes que tienen otros dolores y esperanzas; de investigadoras con un empleo relativamente seguro en las universidades, pero también de pasantes, postdoctorantes, estudiantes en práctica y asistentes de investigación que carecen de un trabajo estable y bien remunerado, nos ha hecho conectarnos con la vulnerabilidad y la precarización de una vida en la que la edad, la clase, las sexualidades y los géneros se van anudando de manera parcial, desigual, pero también común. Queda pendiente reflexionar sobre nuestras cargas e invisibilidades de racialización, pero de momento nuestros cuerpos, experiencias, sobredeterminaciones institucionales y compromisos políticos nos han llevado a nuevas formas de trabajo que han puesto el cuidado mutuo en primer lugar, algo que se nutre también de los feminismos. Todo ello es parte de la semiótico-materialidad de las formas de producir conocimientos que no aparecen en unas publicaciones que solo describen productos académicos.

Reflexiones finales

Lo que hemos compartido pretende hacer visible, con la epistemología feminista de la articulación, que todos los conocimientos son situados, incluidos los de las ciencias sociales. Ello supone que están amarrados a sus condiciones de producción, tanto los que se asumen como neutrales como aquellos que se pretenden críticos. No se trata solo que los marcos teóricos y los dispositivos metodológicos de investigación

influyan en el tipo de conocimiento que se produce, sino que este es co-producido entre sujetos marcados y objetos activos, y está enlazado a múltiples conformaciones de su situacionalidad. Esto incluye las ubicaciones geopolíticas, las contingencias históricas, las políticas de financiamiento de la investigación, los modos en que se conforman las comunidades académicas, las relaciones con los actores no académicos, los diversos usos de la investigación, las disputas por lo que es o no conocimiento experto, entre muchos otros. La ciencia y la sociedad están ensambladas (Ramos, 2012). Si esto es así, podemos hacernos más responsables de cómo participamos en esa co-producción de conocimientos y de reconocer la participación de otras muchas formas de agenciamiento. En definitiva, la epistemología es también otra forma de hacer política.

Como expusimos en la primera forma, apropiarnos de Haraway y su propuesta de los CS nos permitió romper con la dicotomía sujeto-activo que investiga frente a un objeto-pasivo y disponible a ser investigado desde una posición externa; mediante los autorrelatos de nuestras memorias de la dictadura pudimos aprender el modo que las memorias sociales encarnadas volvieron a pasar por nuestros cuerpos, nos permitimos ser objeto y hacernos parte de lo que investigábamos.

La segunda experiencia que compartimos nos permitió dar cuenta de la pertinencia del punto de vista subalterno e interesado, como un punto de vista de partida –no de llegada– que nos habilita para aprender a mirar de manera torcida, evitando en algo el riesgo de reproducir los supuestos hegemónicos que constituyen nuestras culturas. En este caso, investigar las memorias sociales de la dictadura desde una posición feminista nos ayudó a comprender las articulaciones entre género y memoria. Así, llegamos a entender las maneras en que los activismos feministas empezaron a disputar las conmemoraciones emblemáticas de las memorias del pasado reciente que no lograban reconocer las marcas de género de la represión, ni dimensionar la importancia de las luchas de las mujeres durante la dictadura.

La tercera forma nos condujo a otro tipo de articulación, la que se produjo entre investigadoras y una organización barrial en un contexto altamente conflictivo, para reconocer que es posible construir una relación entre distintos y desiguales tipos de sujeto, evitando –como ha señalado Haraway– romantizar o ejercer un *ventrilocuismo* de las voces subalternizadas. Como argumentamos, ello supuso reconocernos en otros vínculos afectivos, políticos y de trabajo que tuvieron mucho de mutua extranjería con cuidados recíprocos.

Finalmente, en la cuarta forma, que corresponde al proyecto de investigación en curso, problematizamos los modos de trabajo, exponiendo las tensiones laborales y los vínculos afectivos que desafían la noción abstracta y desencarnada de la ciencia moderna, pero también las restricciones del campo académico y las incertidumbres, miedos y esperanzas de un contexto político altamente movilizado, que nos recuerda que tampoco se trata de decisiones individuales o del puro voluntarismo. Allí, nos acercamos a algo más que la problematización de sujetos y objetos para dar cuenta que participamos en modos de producción del conocimiento donde hay diferentes componentes implicados. El espacio de las reuniones no solo es un lugar de encuentro de esos afectos de la investigación, está también siempre mediado por lo que cada una ha ido viviendo en su cotidiano: el COVID; el tele-colegio de hijos, la precarización de asistentes y post-doctorantes que postulan a un trabajo más estable, que a veces resulta y otras veces no; la sobrecarga laboral de docencia de los investigadores e investigadoras más veteranas/os y las incertidumbres de las más jóvenes. Intempestivamente resulta que alguna obtiene una beca, o nos publican un artículo, o logramos reencontrarnos físicamente después del encierro pandémico; entonces celebramos, nos damos ánimo y compartimos alegrías, pero también vivimos los altibajos de tantos

eventos políticos que en estos últimos años nos han tenido con el alma en un hilo. Todo ello es parte de una práctica semiótico-material. Y ahí, la ética que promueven los feminismos ha sido un recurso muy potente para cuidarnos y cuidar.

Para ir cerrando, creemos que todo esto que no se cuenta al publicar los resultados de nuestras investigaciones es parte relevante de la situacionalidad del conocimiento que co-producimos junto a muchas otras entidades. Sin embargo, la propuesta de Haraway nos dice que no solo creamos o interferimos lo que estudiamos, sino que también somos afectadas; somos sujeto y objeto, y desarrollamos todo ello dentro de formas de trabajo que no son independientes de culturas disciplinares, universidades, fuentes de financiamiento y un contexto político candente. Somos parte y hacemos parte del problema. No nos estamos quejando, aunque a veces pueda parecerlo, sino más bien asumimos el título del último libro de Haraway (2019), y su apuesta por crear y reconocer muchos parentescos porque vamos a *seguir con el problema*.

Todo eso (y mucho más) marca el tiempo y la vida cotidiana de la investigación en una situacionalidad que es siempre móvil, incierta, pero que puede ser esperanzadora. Como ha argumentado Haraway en su última obra, el pensamiento también es emocional. Y para *seguir con el problema* debemos procurar no repetir cinismos, discursos apocalípticos o la mera denuncia del mundo actual, sino de co-crear parientes raros, estar implicadas en una simpoiesis, una alegría arriesgada para enfrentar los peligros del mundo actual y su futuro. Se trata también de pensar con cuidado, estar implicadas, reconocernos afectadas y seguir.

Los tiempos confusos están anegados de dolor y alegría; de patrones ampliamente injustos de dolor y alegría, de un innecesario asesinato de la continuidad, pero también de un necesario resurgimiento. La tarea es generar parientes en líneas de conexión ingeniosas como una práctica de aprender a vivir y morir bien de manera recíproca en un presente denso. Nuestra tarea es generar problemas, suscitar respuestas potentes a acontecimientos devastadores, aquietar aguas turbulentas y reconstruir lugares tranquilos. En tiempos de urgencias, es tentador tratar el problema imaginando la construcción de un futuro seguro, impidiendo que ocurra algo que se cierne en el futuro, poniendo en orden el presente y pasado en aras de crear futuros para las generaciones venideras. Seguir con el problema no requiere de este tipo de relación con los tiempos llamados futuros. De hecho, seguir con el problema requiere aprender a estar verdaderamente presentes, no como un eje que se esfuma entre pasados horribles o edénicos y futuros apocalípticos o de salvación, sino como bichos mortales entrelazados en miríadas de configuraciones inacabadas de lugares, tiempos, materiales, significados. (Haraway, 2019: 19-20)

Bibliografía

- » Alcoff, L. & Potter, E. (eds.). (1993). *Feminist Epistemologies*. Routledge.
- » Alvarado, M. (ed.) (2020). *Feminismos del Sur. Recorridos, itinerarios, junturas*. Prometeo.
- » Antivilo, J. (coord.) Castellanos, R., Segato, R., Curie, O., Espinoza, Y. (2022). *Trayectorias del Pensamiento Feminista en América Latina*. UNAM.
- » Bacci, C. y Oberti, A. (comps.) (2022). *Testimonio, Género y Transmisión*. EDUVIM.
- » Bilbija, K., Forcinito, A. y Llanos, B. (2017). *Poner el cuerpo. Rescatar y visibilizar las marcas sexuales y de género de los archivos dictatoriales del Cono Sur*. Cuarto Propio.
- » Calquín, C. y González, H. (2018). *Epistemologías Feministas desde el Sur. Aportes, tensiones y perspectivas*. Ril.
- » Cornejo, M., Reyes, M. J., Cruz, M. A., Villarroel, N., Vivanco, A., Cáceres, E., Rocha, C. (2013). Cuéntame tu historia de la Dictadura: Historias de la Dictadura Militar desde voces generacionales. *Revista Psykhe*, vol. 22, núm. 2, pp. 49-65.
- » Cruz, M. A. (2014). *Los conocimientos situados de Donna Haraway como recurso epistemológico para la investigación crítica. Cuatro escenarios para analizar los ensamblajes entre ciencias sociales y política en el Chile de la postdictadura*. Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid. En línea: <<http://eprints.ucm.es/30003/1/T36033.pdf>>.
- » Cruz, M. A. (2018a). Trayectorias políticas femeninas antes del Golpe de Estado en Valparaíso (Chile): articulando normas de género y memoria social. *Revista Estudios feministas*, vol. 26, núm. 3, pp. 1-19.
- » Cruz, M. A. (2018b). Epistemología Feminista y producción de testimonios de mujeres sobre la dictadura en Chile: redirigiendo el foco a la posición de la investigadora. *Revista Prácticas del oficio, Dossier Voces Testimoniales: subjetividad, afectos y género*, vol. 1, núm. 21, pp. 65-73. En línea: <<https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/80571>>.
- » Cruz, M. A. (2022). Memorias en movimiento: poner el cuerpo en las manifestaciones y marchas de Valparaíso (2016-2020). En Salomone, A. (ed.), *Memorias Culturales y urgencias del presente. Prácticas estético-políticas en Chile, Argentina, Uruguay y Colombia*, pp. 221-246. Corregidor.
- » Cruz, M. A. y Eguren, P. (2022). 'Mujeres contra la violencia, mujeres contra el capital...': memorias múltiples de las militancias de ex presas políticas desde Valparaíso. En Fonseca M., Hernández, G. y Mitjans, T. (coords.), *Memoria y feminismos: cuerpos, sentipensares y resistencias*, pp. 28-126. CLACSO-Siglo XXI.
- » Cruz, M. A. y Orellana, V. (2022). Otras violencias de género. Memorias de la prisión política en dictadura desde las trayectorias de mujeres militantes de Valparaíso. En Oberti, A. y Bacci, C. (comps.), *Testimonio, género y afectos. América Latina desde los territorios y las memorias al presente*, pp. 219-258. Eduvim.

- » Cruz, M.A., Badilla, M., Reyes, M. J., Aguirre, F., Jeanneret, F., Eguren, P., Pavez, J. F., Ortiz, S., Lobos, A., Bouey, E. (2022). Gramáticas del 8M post estallido social en Valparaíso: consignas, imágenes y memorias. En Gamboa, D., Arredondo E., y Cazorla, K. (eds.), *Chile entre estallidos, revueltas, demandas y pandemias: Reflexiones desde la cultura política, memoria y derechos humanos*, pp. 5-37. Universidad de Valparaíso.
- » Cruz, M. A., Reyes, M. J. y Cornejo, M. (2012). Conocimiento situado y el problema de la subjetividad del investigador/a. *Revista Cinta de Moebio*, vol. 45, pp. 253-274.
- » Espinosa, Y. (2013). Una crítica descolonial a la epistemología feminista crítica. *Revista El Cotidiano*, 184, 7-12. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=32530724004>
- » García, F. (2004). Feminist Epistemologies for Critical Social Theory: From Standpoint Theory to Situated Knowledge. En Harding, S. (comp.), *The Feminist Standpoint Theory Reader: Intellectual and Political Controversies*, pp. 292-309. Routledge.
- » García, F. (2008). Epistemología ciborg: de la representación a la articulación. En Sádaba, I. y Gordo, A. (coords.), *Cultura digital y movimientos sociales*, pp. 149-172. Catarata.
- » Grosz, E. (1993). Bodies and Knowledges: Feminism and the crisis of reason. En Alcoff, L. y Potter, E. (eds.), *Feminist Epistemologies*, pp. 187-213. Routledge.
- » Haraway, D. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres*. Cátedra.
- » Haraway, D. (1999). La promesa de los monstruos: una política regeneradora. *Política y Sociedad* núm. 30, pp. 121-164. En línea: <<https://revistas.ucm.es/index.php/POSO/article/view/POSO9999130121A>>.
- » Haraway, D. (2004). *Testigo_Modesto@Segundo_Milenio. HombreHembra@_Conoce _Oncorotón®*. UOC.
- » Haraway, D. (2019). *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*. Consonni.
- » Harding, S. (1996). *Ciencia y feminismo*. Morata.
- » Harding, S. (2004). Rethinking Standpoint Epistemology: What Is 'Strong Objectivity'?. En Harding, S. (ed.), *The Feminist Standpoint Theory Reader. Intellectual & Political Controversies*, pp. 127-140. Routledge.
- » Hernández, I. (2022). Colonialidad de la ciudadanía feminista y LTGBI. Claves para reinventar la convivencia. *Iberoamérica Social*, vol. 10, núm. XIX, pp. 65-87. En línea: <<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=8809409>>.
- » Hernández, I. (2020). Hacia un currículum feminista decolonial. *Nomadías*, núm. 28, pp. 43-63. En línea: <<https://nomadías.uchile.cl/index.php/NO/article/view/57452>>.
- » Hiner, H. (2015). "Fue bonita la solidaridad entre mujeres": género, resistencia, y prisión política en Chile durante la dictadura. *Revista Estudios Feministas*, vol. 23, núm. 3, pp. 867-892. En línea: <<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=38142136012>>.
- » hooks, b. (2000). *Feminism is for everybody: passionate politics*. South End Press.
- » Iglesias, M. (2020). Notas para una conceptualización de la "memoria afirmativa" de los movimientos sociales. En Faúndez, X., Hatibovic, F. y Villanueva, J. (eds.), *Aproximaciones teóricas y conceptuales en estudios sobre cultura política, memoria y derechos humanos*, pp. 103-130. CEICPMD.

- » Jelin, E. (2017). *La lucha por el pasado. Cómo construimos la memoria social*. Siglo XXI.
- » Lugones, M. (2011). Hacia un feminismo descolonial. *La manzana de la discordia*, vol. 6, núm. 2, pp. 105-117.
- » Maffía, D. (2007). Epistemología feminista: la subversión semiótica de las mujeres en la ciencia. *Revista venezolana de estudios de la mujer*, vol. 12, núm. 28, pp. 63-97. En línea: <http://saber.ucv.ve/ojs/index.php/rev_vem/article/view/2181>.
- » Montecino, S. y Obach, A. (comps.) (1999). *Género y Epistemología*. LOM.
- » Palestro, S. (1991). *Mujeres en Movimiento, 1973-1989*. FLACSO.
- » Peller, M. y Oberti, A. (2020). Escribir la violencia hacia las mujeres. Feminismo, afectos y hospitalidad. *Revista Estudios Feministas*, vol. 28, núm. 2, pp. 1-13.
- » Ramos, C. (2012). *El ensamblaje de ciencia social y sociedad. Conocimiento científico, gobierno de las conductas y producción de lo social*. Universidad Alberto Hurtado.
- » Reyes, M. J., Jeanneret, F., Cruz, M. A., Castillo, C., Centro de Interpretación FiSura, Orellana, V. y Sandoval, J. (2018). Memorias de investigación e investigación en memorias: reflexiones desde el oficio de investigar un territorio en “emergencia”. En Sandoval, J. y Donoso, A. (eds.), *Investigación interdisciplinaria en cultura política, memoria y derechos humanos*, pp. 69-98. CEI-CPMDH-UV.
- » Salomone, A. (ed.) (2022). *Memorias culturales y urgencias del presente. Prácticas estético-políticas en Chile, Argentina, Uruguay y Colombia*. Corregidor.
- » Scheibe, C., Gomes da Silva, J. y de Oliveira, N. (2015). Género, feminismos e ditaduras do Cone Sul: perspectivas recentes. *Estudos Feministas*, vol. 23, núm. 3, pp. 861-866.
- » Simmel, G. (1908/2012). El extranjero. En Simmel, G. (1908/2012). *El extranjero. Sociología del extraño*, pp. 21-26. Sequitur.
- » Solana, M. y Vacarezza, N. (2020). Relecturas feministas del giro afectivo. *Revista Estudios Feministas*, Florianópolis, vol. 28, núm. 2, e72448.
- » Sutton, B. y Vacarezza, N. (eds.) (2021). *Abortion and Democracy*. Routledge.
- » Troncoso, L. y Piper, I. (2015). Género y memoria: articulaciones críticas. *Athenea Digital*, vol. 15, núm. 1, pp. 65-90.

